

Las debilidades del sindicalismo ficción

Juan Carlos Jiménez

El periodo estival puede ser una excelente ocasión para recapitular acerca del debate sindical que ha agitado las aguas de CC.OO. durante este curso de elecciones sindicales.

Quizá lo primero que merezca destacarse, frente a quienes tratan de situar el origen de las discrepancias internas en las polémicas sobre la huelga general desarrolladas en el segundo semestre de 1993, es que la confrontación fue anunciada por Marcelino Camacho dos años antes cuando, todavía sin clausurarse el V Congreso, defendió, sin éxito, una enmienda encaminada a impedir que Antonio Gutiérrez pudiese presentarse a la reelección en enero del 96.

Desde entonces se utilizaron los medios de comunicación (unos desde el ABC, otros desde El Mundo) para hostigar la política mayoritariamente aprobada por la dirección de CC.OO. y descalificar personalmente a Antonio Gutiérrez. La campaña subió de tono este último invierno, reforzándose con acusaciones que fomentaban, entre los trabajadores y trabajadoras que estaban participando en un proceso de elecciones sindicales, no sólo la imagen de unas Comisiones Obreras divididas, sino también débiles ante el Gobierno. Con el apoyo de esos mismos medios de comunicación se pretendió convertir la respuesta de Antonio Gutiérrez en una agresión a Izquierda Unida cuando cualquiera que repase las hemerotecas podrá comprobar que la intervención del Secretario General de CC.OO. se produce sólo después de que otros hubieran acusado a CC.OO. y UGT de *“complicidad entre víctimas y verdugos”*.

Hasta hoy el carácter de las críticas que han llegado a la opinión pública ha impedido un debate sindical sobre cuestiones de fondo. Como el propio Antonio Gutiérrez se preguntaba en el Consejo Confederal del 18 de mayo: *“¿podemos hacer la síntesis entre si somos más conniventes con los poderes más reaccionarios y el gobierno en sus ataques contra los trabajadores o si somos conniventes menos X?... ¿hacemos la síntesis sobre si en lugar de un capotazo le ponemos un taparrabos al felipismo?... ¿en practicar un sindicalismo menos intolerante, burocrático o resignado?... Sobre estas caricaturizaciones tan extremas y cargadas de etiquetas y sentencias, previas a cualquier debate, es muy difícil que se pueda discutir cabalmente, y mucho más difícil conseguir la síntesis.”*

La canción del verano

Sin embargo, lo que nos ha llegado a través de los medios de comunicación es todavía sólo *“la música”* de una discrepancia, pero no la letra de una política sindical alternativa. La minoría ha recurrido a una melodía pegadiza, fácil de recordar y tararear, que pretenden convertir en el éxito del verano. Haciendo un esfuerzo podemos reconocer el estribillo: *“CC.OO. ha practicado un “sindicalismo blando”; al menos desde 1993 ha practicado una política poco combativa que ha supuesto un balón de oxígeno al gobierno”*.

Como cualquier buen melómano debería saber, este soniquete tan fácil de tararear desde las inercias de la izquierda desafina por muchos sitios. Me centraré en los más notables:

Primero, la política de CC.OO. desde el anterior congreso ha sido la más combativa de toda la historia de CC.OO. Tras el relevo de Camacho, CC.OO. ha convocado más huelgas generales, paros sectoriales y autonómicos que en ningún otro país de la Comunidad Europea y con más seguimiento que en ningún momento de nuestra historia. Baste recordar que desde 1.993 los docentes hemos sido llamados al paro por temas confederales al menos media docena de veces.

No ha habido, pues, desmovilización, sino todo lo contrario.

Si, a sabiendas de esto, se sigue acusando a la estrategia de CC.OO. de blanda, podemos suponer, bondadosamente, que lo que el estribillo insinúa es que se podría haber sido aún más beligerante. Y si es así se desafina por segunda vez y, ahora, con truco.

Porque con este tipo de afirmaciones el debate se sitúa en el terreno del sindicalismo ficción. Un terreno de ilusiones y deseos donde todas las posibilidades aparecen porque no tienen que pasar por la prueba de la realidad. ¿Pero eran prácticamente posibles?

El autodenominado “sindicalismo fuerte” no parece obligado a demostrar ni justificar nada en la práctica. Así, cuando fracasaron en su convocatoria de movilizaciones conmemorativas del paro del 27 de enero no se vieron obligados a explicar nada: arremetieron contra la mayoría de CC.OO. sin dignarse poner en cuestión la necesidad de la convocatoria.

Cuando no se pueden buscar culpables ajenos, las cosas tampoco tienen mejor explicación:

IU anunció hace dos años la gran movilización dentro de su campaña por la rectificación y si todavía no se han atrevido a convocarla será porque no le habrán encontrado las condiciones o posibilidades de éxito.

Y es que los defensores de “caña al mono hasta que hable inglés” nunca se sienten aludidos cuando la movilización fracasa.

La demanda de mayor radicalización se hace como si en esta película sólo interviniera la voluntad movilizadora de CC.OO. Aquí no cuentan ni las resistencias de las patronales ni la opinión pública ni nada. Por no contar no cuenta ni la UGT.

Y aunque a estas alturas nadie debería dudar de que una condición necesaria para que una movilización resulte masiva es contar con UGT; es decir, que sin unidad podemos resultar muy radicales verbalmente, pero poco movilizadores, lo cierto es que las críticas anteriormente relatadas vienen acompañadas de un cuestionamiento de la unidad con UGT a la que se acusaría de ser una rémora para la movilización.

Se desentona así por tercera vez, con la falsa imagen de que la unidad sindical se ha llevado a cabo sobre las posiciones menos combativas de UGT. Sin embargo, cualquier observador neutral coincidirá conmigo en que, si bien la unidad, como cualquier pacto o acuerdo, exige concesiones y aproximaciones mutuas lo cierto es que la unidad CC.OO.-UGT alcanzada tras la sustitución de Marcelino Camacho se ha logrado tras conseguir un cierto cambio de estrategia en UGT, de manera que se ha ido plasmando sobre las posiciones de crítica y beligerancia frente al gobierno que preconizaban las CC.OO. y no sobre el colaboracionismo que practicaba UGT.

La autonomía en cuestión

La última melodía que desentona trata de la autonomía sindical. He mencionado antes cómo el cuestionamiento de Antonio Gutiérrez es anterior a las discrepancias sobre la gestión de la huelga del 27-E aunque se intensifique durante 1995. El momento más álgido, la conmemoración de la huelga, es para mí un buen ejemplo de cómo se quiere condicionar, desde fuera, la estrategia de CC.OO. La famosa “plataforma” es un ente inexistente, los firmantes del manifiesto jamás fueron convocados a reunión o asamblea alguna para decidir si convocaban esto o lo otro o para elegir a quienes les representaban. Se limitaron a firmar un manifiesto y seis meses después vieron como “alguien”, en su nombre, conminaba, que no invitaba, a CC.OO. y UGT a sumarse al carro. Si nos sumábamos, hacíamos el juego a una estrategia no decidida en el interior de CC.OO. y UGT que, acertadamente o no, habíamos apostado por otro tipo de confrontación. Si nos negábamos a apoyar quedaba desenmascarado nuestro sindicalismo blando.

De hecho, y sin juzgar las intenciones de los convocantes, las reseñas de prensa de la concentración, apenas 3.000 personas en la Puerta del Sol, hacían más hincapié en la crítica a la dirección de CC.OO., ignorando a UGT, que en la denuncia de la reforma laboral y el gobierno.

Es cierto que estos conflictos no dejan de ser pequeños escauceos que no ponen por ahora en peligro la autonomía sindical de CC.OO. Pero tampoco sería inteligente minusvalorar el debate de fondo. Diversos documentos tanto de fuera como de dentro del sindicato pretenden forzar a CC.OO. a que valore los acuerdos a los que pueda llegar con los distintos gobiernos, no en función de sus mejores o peores contenidos, sino en función de sus efectos políticos, bien sobre el partido del gobierno, bien sobre determinadas fuerzas afines. Así, hemos leído estos días que firmar tal o cual avanzar era dar un “balón de oxígeno” al PSOE o “aislar institucionalmente” a IU.

La estrategia de CC.OO. estaría así hipotecada por las estrategias partidistas. No sería tanto nuestro objetivo el conseguir mejoras concretas y evitar retrocesos como el apoyar determinada crítica al gobierno o reforzar determinadas posiciones de la izquierda. Y en ese caso, si alguien quiere señalarnos cuándo debemos negociar y pactar con el gobierno estará subordinando al movimiento sindical.